

 El día de
mi muerte Federico
Axat

DESTINO

El día de mi muerte

Federico
Axat

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1691

El día que despierto en el hospital

Tengo los ojos cerrados. Un hombre y una mujer hablan en voz baja acerca de una tal Anna, así que ese debe de ser mi nombre.

Están muy cerca.

—Necesitamos que despierte —dice el hombre con urgencia—. ¿No puedes hacer algo?

La mujer se toma su tiempo para responder. A estas alturas ya me he dado cuenta de que estoy en un hospital: me encuentro acostada en una cama con el respaldo inclinado, el olor a desinfectante es inconfundible y un pitido distante se repite a intervalos regulares. Cuando muevo el brazo siento algo clavado en la muñeca.

—No lo sé —dice finalmente la mujer—. Parece muy débil.

Es entonces cuando el grito de otro hombre rompe la calma de la habitación.

Abro los ojos como un acto reflejo. La mujer y el hombre que hablaban hace un momento están uno a cada lado de la cama. Ambos miran hacia la puerta que acaba de abrirse intempestivamente, donde hay un hombre de traje de unos sesenta años y ojos de águila.

—¡Comisario Hollinger! —estalla el recién llegado.

El hombre que está a mi lado, que en efecto lleva el uniforme de comisario, se pone inmediatamente alerta. Un policía se asoma desde el marco de la puerta, se encoge de hombros y empieza a ensayar una disculpa que el comisario detiene con un gesto. El policía asiente vigorosamente y se retira.

—Senador Cohen —dice el comisario Hollinger—, le pedí expresamente que no viniera.

—También me dijo que la chica estaba inconsciente. —El senador enfatiza cada palabra con el dedo, como si pulsara un botón invisible delante de su rostro.

Aunque parezca estúpido, al principio no comprendo que se está refiriendo a mí.

—Aquí está la doctora Katz —dice Hollinger—. Ella ha sido muy clara en cuanto a la gravedad del diagnóstico. No podemos hacer nada por el momento.

Cohen se queda callado, como un jugador de póker que se debate entre pagar o salirse de la mano.

La doctora Katz se quita las gafas y las guarda en el bolsillo de la bata. Habla en un tono pausado:

—Cuando llegó al hospital, la paciente presentaba una hipotermia severa. Mi experiencia me dice que no podemos saber si despertará pronto.

—Oh, me temo que sí podemos —replica el senador Cohen.

Hollinger se vuelve hacia mí, y al ver que tengo los ojos abiertos su rostro se transforma, como un animal sorprendido en medio de la carretera por los faros de un coche. Es joven para ser comisario, quizás tiene treinta y dos o treinta y tres años, y su rostro es lo primero que me resulta familiar desde que recuperé la consciencia hace un momento. El hecho me anima a intentar recordar algo más acerca de él —es razonable que conozca al comisario de la ciudad donde vivo,

pienso—; sin embargo, mi cabeza no es capaz de devolverme nada nuevo. Es como asomarse a una inmensidad vacía.

—Anna —dice Hollinger sin dejar de observarme. Parece haberse olvidado del resto por un momento—. ¿Cómo te sientes?

Una de sus manos se apoya en mi brazo izquierdo y el contacto cálido me reconforta. Sonrío casi sin pensarlo, del mismo modo que un bebé lo hace por primera vez ante una muestra de afecto.

Asiento imperceptiblemente. La doctora Katz también se acerca y me pide que no hable, lo hace en un tono bajo para generar un clima de privacidad entre nosotras. Hollinger lo entiende de inmediato y se aparta de la cama.

La doctora Katz empieza a hacer una serie de pruebas simples: me examina las pupilas, me pide que siga el movimiento de su dedo, me toca diferentes partes del cuerpo y me pregunta si experimento algún tipo de dolor. Le respondo a todo correctamente, o eso creo. Mientras esto sucede, Hollinger y Cohen discuten levantando cada vez más el tono de voz. En el punto más álgido el comisario le exige al senador que se largue de la habitación *enseguida* o se verá forzado a obligarlo...

—¡No voy a irme! —dice Cohen—. ¡No hasta escuchar de su boca por qué asesinó a mi hijo!

Otra vez, tardo en comprender que el senador se refiere a mí, a pesar de que me está apuntando con un dedo. Sólo cuando advierto la reacción de la doctora Katz, que cierra los ojos y contiene la respiración, entiendo que yo soy la destinataria de semejante acusación.

Hollinger se abalanza sobre el senador.

—¡Suficiente! Se larga de aquí ahora mismo.

—¡Soy un senador nacional! ¿Está usted loco?

Aparentemente sí lo está. Un poco. Hollinger es más corpulento —y más joven— y no tiene problemas en arrastrar al senador hasta la puerta. Está claro que el político no esperaba semejante tratamiento y lanza todo tipo de amenazas sacudiendo su ya célebre dedo índice. Mientras los dos hombres salen de la habitación, forcejeando, alcanzo a distinguir el rostro transformado de Hollinger, lo cual me hace pensar en algún tipo de historia entre ambos.

Cuando me quedo a solas con la doctora, sigo pensando en las palabras de Cohen.

No hasta escuchar de su boca por qué asesinó a mi hijo.

—¿Es cierto? —pregunto.

La conmoción hace que no piense demasiado en lo ajena que me resulta mi propia voz.

—Ya habrá tiempo para explicaciones —dice la doctora Katz—. Ahora necesito que me digas si recuerdas cómo has llegado al hospital.

—¿Qué tipo de hospital es este?

—Estás en el Lavender Memorial. Es un hospital psiquiátrico. Llegaste aquí por una emergencia.

Niego con la cabeza. La doctora suspira y me apoya la palma de la mano sobre el brazo desnudo, tal como lo hizo Hollinger un momento antes. La sensación no es la misma.

—Necesito ir al baño.

—Claro, déjame ayudarte.

Me siento en la cama con más dificultad de la esperada. Me duele todo el cuerpo, pero especialmente las piernas y la cadera. Cuando la bata que llevo puesta se abre y deja al descubierto mis pantorrillas veo que tengo algunos hematomas y arañazos. La doctora advier-

te mi curiosidad, pero no dice nada. Le digo que puedo ir sola y ella asiente. Abro la puerta del baño y arrastro la base metálica del suero hasta el interior.

En el espejo contemplo mi rostro, completamente ajeno. Tengo unos veinticinco años, y aunque mi estado deja mucho que desear, me gusta lo que veo. Sonrío. Estudio cada detalle: cabello largo con tintes cobrizos, ojos azules, cejas anchas, boca pequeña, pecas. En el cuello advierto un corte de dos centímetros que parece reciente.

—¿Estás bien, querida?

Llevo menos de un minuto en el baño, pero la doctora Katz parece verdaderamente preocupada. A continuación, escucho a Hollinger al otro lado de la puerta, por lo que es posible que haya pasado más tiempo del que creo.

Corto unos trozos de papel higiénico y los coloco sobre el inodoro. Me siento justo a tiempo para que un hilo de orina salga con rapidez. El alivio es inmediato.

Cuando regreso a la habitación me doy cuenta de que algo ha cambiado. En efecto, Hollinger está allí otra vez, ahora de pie en la parte más alejada de la entrada, junto a la única ventana. Le pregunto si el senador va a regresar y me dice que no me preocupe por él. Percibo cierta tensión entre la doctora Katz y él.

—Una hora no cambiará las cosas —dice ella.

Hollinger no responde. Está molesto. Es evidente que aquella frase es la conclusión de una conversación que se ha iniciado antes.

—Así tiene que pasar —insiste la doctora Katz—. Anna debe saberlo.

Mientras regreso a la cama, los miro alternativamente, pero soy incapaz de descifrarlos.

—¿El senador está fuera? —pregunto.

—Anna, el senador no es un problema —contesta Hollinger en tono paternalista. Aparta la vista de la ventana y me mira largamente, como si quisiera decirme algo que no puede—. Voy a hablarte de lo que sucedió esa noche.

Asiento, sin entender realmente a qué se refiere con *esa noche*.

—Todo irá bien —me anima la doctora Katz.

Hollinger inspira profundamente antes de empezar.

—Oliver Cohen, el hijo del senador Cohen, era tu novio. Te invitó una noche a la casa de la familia, donde ocurrió la tragedia que le costó la vida. El senador y su esposa tenían un compromiso, así que se despidieron de vosotros y os dejaron solos. Ellos no advirtieron nada extraño, al igual que el resto de las personas que te vieron ese día. El consenso general es que erais una pareja que no discutía ni tenía mayores problemas; os conocíais desde hacía menos de un año, así que es probable que todavía no hubiera tensiones entre vosotros.

Mientras el comisario habla, repito en mi cabeza el nombre de Oliver Cohen una y otra vez. No hay ningún rostro asociado a ese nombre, ni recuerdo alguno. Nada.

—¿Qué sucedió?

—La casa de la familia Cohen tiene un sistema de cámaras, así que las pruebas eran muy claras. Estabais en la cocina. A Oliver Cohen le gustaba cocinar y esa noche te preparó tu comida favorita. Tú estabas sentada en la isla, donde había una botella de vino que os bebisteis casi completamente.

—Lasaña —digo de repente.

Hollinger y la doctora Katz se miran.

—Lasaña es mi comida favorita.

—Exacto —dice Hollinger—. La lasaña ya estaba en el horno y Oliver Cohen fue hasta donde tú estabas sentada y empezó a besarte. Primero en la boca, después en el cuello. No sabemos si él te dijo algo al oído, pero lo que se observa en la grabación es cómo en ese momento tú tenías los ojos cerrados y de repente los abres, sobresaltada. A continuación cogiste un cuchillo del soporte que estaba a tu lado.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Lo maté?

Hollinger suspira.

—Me temo que sobre eso no hay duda —dice el comisario—. Lo apuñalaste primero en el costado y luego repetidas veces cuando él cayó al suelo. Parecías bajo algún tipo de emoción violenta. No sabemos qué lo desencadenó. Diez minutos después saliste de la casa, manchada de sangre y en estado de shock. Una vecina te asistió y avisó a la policía.

—No puede ser —digo—. Tiene que haber una explicación. Tuvo que haberme hecho algo antes, tengo golpes en el cuerpo.

Exhibo mis brazos a modo de prueba.

Otra vez las miradas suspicaces.

—¡¿Qué?! —digo levantando el tono de voz—. ¿Doctora?

—Anna, eso sucedió hace poco más de dos años —dice la doctora Katz con calma—. Estamos en el año dos mil veintidós.

Me quedo callada un momento.

—Dos años —digo más para mí que para el resto. Pienso en el senador, que se presenta exigiendo respuestas a la asesina de su hijo, y de repente todo cobra sentido—. ¿He estado inconsciente durante dos años?

—No —dice la doctora Katz con firmeza—. Es más complicado que eso, Anna. La realidad es que nadie sabe dónde has estado todo este tiempo.

Hollinger interviene.

—La noche del asesinato te llevamos a la comisaría y, por un error en el protocolo de seguridad, conseguiste escapar. Estuviste desaparecida, Anna. Para los medios de comunicación fue como si te tragara la tierra. Tu caso se convirtió en un misterio. Nadie sabía qué había sido de ti..., hasta hoy, de madrugada, cuando un grupo de jóvenes te ha encontrado inconsciente en la orilla del lago, justo aquí abajo.

Hollinger se inclina sobre la ventana y señala un sitio que no puedo ver desde donde estoy.

Empiezo a reír de manera nerviosa.

—Perdón, pero un sueño tendría más sentido que todo esto. ¿Dónde he estado durante dos años?

—Tranquila, Anna.

Niego con la cabeza.

—¿Es Anna mi verdadero nombre? No significa nada para mí.

Hollinger mira a la doctora Katz de un modo curioso. *Te lo dije.*

La doctora Katz se pone de pie y se aparta de la cama. Le hace a Hollinger un gesto con la cabeza y él se acerca por el otro lado. El comisario se detiene a mi lado; su presencia otra vez me transmite paz.

—Anna es tu nombre —dice Hollinger. En su rostro hay tristeza, pero también creo advertir cierto optimismo—. Haz lo que la doctora Katz te dice y todo saldrá bien. Estás muy cerca.

—¿Muy cerca... de qué?

Hollinger sonrío y vuelve a apoyarme la mano en el brazo. A continuación se dirige a la doctora Katz.

—Tenéis media hora. Máximo.

El comisario da media vuelta y camina hacia la puerta. Por alguna razón espero que me mire una última vez, pero no lo hace.

La doctora Katz me quita el suero del brazo y me pide que salga de la cama. Advierto la urgencia en su voz y no hago preguntas. De una de las esquinas de la habitación trae una bolsa y me la entrega.

—Vístete, por favor.

Dentro de la bolsa hay una camiseta blanca y unos vaqueros. También una bata blanca.

—En el bolsillo lateral hay unas gafas y horquillas para el pelo.

La doctora Katz se queda mirando por la ventana para darme privacidad. Al quitarme la chaqueta del hospital, lo primero que me llama la atención es un pequeño tatuaje en el pecho, justo debajo de mi hombro derecho. Es una única palabra escrita con trazo fino y letra cursiva: *Lover*.

—¿Va a ayudarme a escapar? —pregunto mientras empiezo a ponerme la camiseta.

La docta Katz no responde. En cuanto mi cabeza emerge por el cuello de la camiseta, creo advertir un suave gesto de asentimiento por parte de ella. Me pongo el pantalón con cierta dificultad.

—Es la cadera —me excuso—. El dolor va y viene a ráfagas.

—Por ahora no puedo darte nada para el dolor. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Me recojo el cabello en un moño. No necesito mirarme al espejo para saber que ha quedado bien. Las gafas que la doctora Katz ha elegido para mí son un

modelo de montura gruesa; me las coloco y compruebo que no tienen aumento.

—Ven aquí, Anna.

Me acerco a la ventana.

Calculo que estamos en un tercer piso. Justo debajo hay un patio inmenso que en este momento está vacío. Más allá del muro divisorio, robusto y de aspecto infranqueable, el terreno en pendiente conduce al lago.

—Entonces allí es donde me encontraron.

—Así es. Estabas casi desnuda y tu temperatura corporal era bajísima. Estarías muerta de no haber sido por esos jóvenes que te vieron por casualidad. La corriente te arrastró hasta esas rocas de allí; es un milagro que no te hayas golpeado la cabeza.

—¿Qué hay al otro lado del lago?

—Gente rica. Es la zona más exclusiva de la ciudad. Al principio no estaban conformes con el hospital, querían deshacerse de él a toda costa. Supongo que imaginaron a un ejército de locos cruzando el lago a nado hasta sus mansiones. Nunca ha pasado nada de eso.

Me desconcierta que la doctora Katz no se dirija hacia la salida. En su lugar se acerca hasta una puerta interna cuya existencia me había pasado inadvertida.

Salimos a un pasillo que debe de ser utilizado por el personal del hospital.

—Ponte esto —dice mientras me extiende una credencial con una cinta.

Compruebo que se trata de una réplica de la que ella lleva puesta. Incluso la fotografía es la misma.

—¿Por qué hace esto, doctora?

—Ya llegaremos a eso. Ahora lo importante es que confíes en mí. Tenemos que encontrar la manera de salir de aquí. Camina a mi lado de forma natural. Si actuamos como colegas no llamarás la atención.

Al final del pasillo hay una sala donde dos enfermeras están sentadas de espaldas a nosotras. La doctora Katz sale primero y me hace una seña para que la siga. Ninguna de las dos mujeres se vuelve para mirarnos.

—Esa era la parte que más me preocupaba. Ahora recuerda, actúa con naturalidad.

Giramos hacia un pasillo mucho más ancho con amplios ventanales en uno de los lados.

—¿A dónde vamos?

—Al pabellón de máxima seguridad, en la planta baja.

Me detengo.

—Creí que íbamos a salir de aquí.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer —dice la doctora Katz sin dejar de caminar.

La alcanzo avivando el paso. Llegamos a las escaleras, tan esplendorosas como el resto del edificio, curvas y con barandas de piedra ornamentada. Es evidente que semejante obra de arquitectura no fue pensada originalmente como un hospital, sino reconvertida en uno.

El segundo piso es idéntico al tercero. Rápidamente comprendo que la mejor forma de actuar con naturalidad es mantener una conversación, y vaya si tengo cosas para preguntarle a la doctora Katz. Mi mente es un lienzo en blanco con unas míseras pinceladas sin sentido.

—¿De verdad maté a mi novio?

La doctora Katz vuelve la cabeza para mirarme. Parece debatir internamente si aquella conversación es una buena idea o no.

—La grabación no deja lugar a dudas —dice sin dejar de avanzar.

—El comisario ha dicho que actué bajo una emoción violenta...

Dejo de hablar y me quedo parada en el lugar.

—No puedo caminar tan rápido —me excuso—. El dolor es insoportable. Necesito sentarme.

Señalo uno de los bancos junto a la pared.

—Ya te lo he dicho, Anna, no puedo darte nada para el dolor. Tienes que estar lúcida.

La doctora Katz me agarra de los hombros y me insta a seguir.

—No puedo. Sólo un minuto.

Ni siquiera espero su respuesta y me dirijo al banco cojeando de la pierna derecha. El dolor aumenta de forma exponencial; evidentemente los analgésicos han dejado de hacer efecto. Apenas me siento, liberar la pierna del peso de mi cuerpo me alivia de manera inmediata.

La doctora Katz se sienta a mi lado. Suspira.

—Algo debió de suceder para que reaccionases de esa forma —dice con resignación—. Además...

La doctora sigue hablando, pero yo dejo de escucharla. La risa de una niña pequeña atrapa mi atención, tan cercana y clara que por un momento pienso que llevo puestos unos auriculares e intento quitármelos con un movimiento rápido. Desvío la vista, justo a tiempo para ver a una niña que se esconde donde el pasillo gira hacia la derecha. Tiene unos tres o cuatro años y lleva un vestido blanco. La risa se repite y la niña da un salto y se pone a bailar, completamente ajena a nuestra presencia.

—¿Qué sucede?

Al volverme me encuentro con el rostro preocupado de la doctora.

Me niego a preguntarle si es capaz de ver a la niña, porque ya sé la respuesta.

—Nada.

—¿Qué has visto, Anna?

No puedo apartar la vista de la niña, que sigue bailando al ritmo de una música inexistente. Sus rasgos son inconfundibles: cabello rojizo..., boca pequeña.

La niña me mira por última vez y vuelve a esconderse. No estoy en condiciones de correr hacia allí, pero sé que si lo hago me encontraré con un pasillo vacío.

—Doctora Katz... —empiezo, y me detengo en busca de las palabras correctas—. ¿Yo he estado internada en este hospital alguna vez? ¿Quizás cuando era pequeña?

—Dime lo que has visto —dice ella con firmeza.

—A mí misma de pequeña.

No puedo descifrar la expresión de la doctora Katz. Es como si estuviera intentando resolver un complejo problema dentro de su cabeza.

—No has estado internada aquí cuando eras pequeña, Anna. Nunca, en realidad.

No la creo. Quizás es el dolor, que no me deja pensar con claridad. O quizás es justamente el dolor el que me trae a una realidad que empieza a ser bastante obvia: soy una asesina y estoy en un hospital psiquiátrico.

—El plan nunca ha sido escapar, ¿verdad, doctora?

—¿Qué dices? Anna, necesito que vayamos a la planta baja. Me estoy arriesgando con todo esto.

La doctora Katz duda un instante, suficiente para alimentar mis sospechas de que hay algo que no me está diciendo.

—Estoy internada aquí, ¿verdad? —Me pongo de pie, alejándome de la doctora—. Es eso.

Una pareja que pasa caminando nos mira con cu-

riosidad. Ninguno de los dos lleva uniforme del hospital y la doctora Katz les hace un gesto de que la situación está bajo control.

—Anna, esto puede echarlo todo a perder —dice la doctora en un tono apenas audible.

La pareja se aleja sin dejar de mirarnos. Al llegar al otro extremo del pasillo se cruzan con una enfermera y empiezan a hablar con ella.

—Anna... —dice la doctora con voz suplicante. Sacudo la cabeza.

—Esto no va a funcionar —digo mirando alternativamente a la doctora y a la enfermera, que ahora se está acercando a nosotras—. No hay forma de que pueda seguir con la pierna así.

La doctora Katz suspira.

—No digas nada. Por favor.

Me quita la credencial y se la guarda en el bolsillo.

—¿Va todo bien? —pregunta la enfermera cuando está lo suficientemente cerca.

—Necesito una silla de ruedas, querida. ¿Quién es tu supervisor?

—La doctora Silver.

—Ah, perfecto. Yo se lo explicaré a Ruth cuando le devuelva la silla.

La enfermera duda.

—Es una emergencia. Tengo que trasladar a la paciente ahora mismo.

La enfermera no parece del todo convencida, pero da media vuelta y se aleja.

La doctora Katz saca su móvil de uno de los bolsillos y lo manipula durante un minuto. Cuando me lo muestra, veo un artículo con mi fotografía. Empiezo a leer...

APARECE VIVA DESPUÉS DE MÁS DE DOS AÑOS DESAPARECIDA

La joven Anna De Marchi, de veinticuatro años, fue encontrada con vida durante la madrugada en las proximidades del hospital psiquiátrico Lavender Memorial. El hecho se produce dos años y cinco meses después de haber sido detenida por el asesinato de su novio, Oliver Cohen, hijo del senador...

La doctora Katz aleja el móvil y vuelve a guardarlo en el bolsillo.

—Todo lo que te hemos dicho es cierto —asevera con un dejo de hastío—. No tenemos mucho tiempo.

La doctora Katz empuja la silla de ruedas en silencio. Mejor así, porque siento que mi cerebro ha llegado a un punto en el que necesita procesar todo lo que ha recibido desde que me desperté en la cama del hospital.

Soy apenas consciente de algunos rostros que se vuelven a mirarnos cuando entramos en el ascensor, y más tarde cuando recorremos los intrincados pasillos de la planta baja, mucho más concurrida que los pisos superiores.

Nos detenemos frente a una puerta de doble hoja en la que se lee: SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. La doctora Katz utiliza su tarjeta para abrirla, y una vez al otro lado se agacha junto a mí y me recuerda la importancia de no decir una sola palabra de ahí en adelante. Le respondo con un pulgar en alto.

Allí las ventanas son más pequeñas y todas tienen barrotes. Al final de aquel pasillo hay otra puerta como la anterior, pero con una ventana a un lado. Un guardia

de seguridad saluda con la palma levantada y se muestra inmediatamente interesado por mi presencia. La doctora Katz, que parece tener con el hombre una relación de confianza, le explica que se trata de una emergencia y que necesita llevarme a su despacho; le asegura, además, que en un par de horas estará lista la orden correspondiente, mucho antes del cambio de turno. Tras un momento de vacilación, el guardia finalmente nos deja pasar.

Franqueamos una serie de puertas con la tarjeta de acceso. La doctora Katz saluda a dos colegas con los que nos topamos por el camino.

—¿Para qué vamos a su despacho? —pregunto.

—Necesitamos encontrarnos con alguien.

A medida que pasa el tiempo me convenzo más de que los planes de la doctora no contemplan dejarme escapar. Acabamos de cruzar un puesto con un guardia armado, de manera que mi suerte está echada.

El despacho está en la mitad de un pasillo largo y poco iluminado. La doctora Katz abre la puerta y maniobra con mi silla para que podamos entrar las dos.

Soy yo la que escaneo con la mirada la habitación en penumbra y veo al hombre que está sentado en el sillón más alejado, sus ojos flotando como dos perlas.

—Ya era hora —dice el hombre.

En ese momento la doctora Katz enciende la luz. El hombre no es otro que el senador Cohen.

—¿¡Qué hace usted aquí!? —dice la doctora Katz. Me levanto instintivamente de la silla de ruedas.

El hombre da dos zancadas rápidas y cierra la puerta del despacho. En la mano tiene una libreta.

—Pensé en darle a usted una segunda oportunidad, doctora. No me imaginaba que ella estaría aquí.

Cohen tiene los ojos tan expresivos que cuesta creer

que dedique su vida a la política. Me odia. Me odia con todo su ser.

Estoy terriblemente asustada e instintivamente me escudo en la doctora Katz, que de inmediato adopta una actitud protectora y retrocede hasta ubicarse detrás del escritorio.

—Lárguese, senador. Lo que está haciendo es un despropósito.

—¿Usted ha perdido a un hijo, doctora?

La doctora Katz empieza a decir algo, pero el senador la silencia con un grito. El hombre rodea el escritorio y aparta a la doctora de un manotazo. Las facciones de su rostro se han endurecido, salvo sus ojos, que exhiben un cansancio suplicante.

—Necesito saber —dice acercando su rostro al mío. El tono de su solicitud no es precisamente amable—. Necesito saber si él..., de alguna forma, quiso terminar así.

—No recuerdo —digo con un hilo de voz.

El dolor en la pierna amenaza con tumbarme. Retrocedo un paso, aferrándome al escritorio que tengo a mi izquierda.

—Mira esto —dice el senador Cohen pasando las hojas de la libreta de forma frenética—. Mira esto..., por favor.

—¡¿De dónde ha sacado esa libreta?! —dice la doctora Katz.

La doctora está ahora detrás del senador, y él se vuelve un instante para mirarla, ignorando completamente su pregunta. Su atención vuelve a mí, con los ojos desesperados y las manos temblando.

—Esta es tu libreta de dibujos —dice el senador Cohen—. ¿La reconoces?

Niego con la cabeza. Me inclino y observo la pági-

na que Cohen sostiene frente a mi rostro, donde hay un dibujo de un canguro y más abajo una fecha:

04/04/22

En el lateral de la hoja hay una mancha de sangre.

—Tú dibujaste esto después de lo que sucedió aquel día —dice el senador con una intensidad sobrecogedora—, y luego le dijiste a Oliver algo al oído... Los dos sabíais que había cámaras en la cocina. Y tú dejaste escrita esta fecha... ¿Ahora lo recuerdas?

En su rostro aparece una luz de esperanza.

Lo cierto es que mi atención está puesta en el dibujo del canguro. Está hecho íntegramente con bolígrafo, con trazos bien definidos y tramas generadas por una yuxtaposición de líneas para darle volumen. Tal como sucedió antes en la habitación, cuando recordé mágicamente mi comida favorita, ahora sé que podría dibujar ese canguro, o cualquier otra cosa que me propusiera.

—¡Senador, voy a llamar a seguridad! —dice la doctora Katz.

Incluso yo me doy cuenta de que no está dispuesta a hacerlo.

El hombre se da la vuelta una vez más y le apunta con el dedo.

—¡Manténgase al margen!

—Anna —insiste el senador Cohen, devolviéndome su atención—, yo te conozco, vi cómo eras con Oliver; él podía ser problemático a veces, pero contigo era diferente. Necesito entender qué pasó, por favor. Haz un esfuerzo.

Aparto mi atención del dibujo del canguro y me concentro en la fecha que está debajo. La señalo con el dedo.

No quiero darle expectativas al senador, con el que empiezo a empatizar y a sentir parte de su dolor; busco conectarme con esa hoja de papel y con la fecha que escribí en una vida que no recuerdo.

—Esta fecha... es la de hoy —digo.

—¡Sí! —El senador no puede ocultar su excitación.

Al ver que no digo nada más, continúa:

—¿Lo entiendes, Anna? Ese día, en mi casa, escribiste esta fecha. Han pasado dos años, en los que nadie ha sabido nada de ti... hasta hoy. Exactamente en esa fecha.

Niego con la cabeza.

El senador Cohen sostiene la libreta con tanta fuerza que le tiembla la mano.

—¿Era un pacto entre vosotros, Anna? ¿Un extraño pacto en el que cada uno de vosotros debía morir en una fecha específica?

—Ya es suficiente —dice la doctora Katz, que ahora está más cerca de la puerta.

Cohen la ignora.

—Anna..., tienes que escucharme; si hay algo que recuerdas de ese día o de lo que escribiste en esta libreta, debes decírmelo. No confíes en ella.

Señala en dirección a la doctora Katz, a la que ahora no puedo ver porque está justo detrás del senador.

—Ella te está manipulando —continúa diciendo el hombre—. No me iré hasta que me digas por qué actuaste así aquel día. ¡No me iré hasta que me digas por qué asesinaste a mi hijo!

Un ruido ensordecedor silencia al senador, que cae al suelo como una marioneta sin dueño.

El cuerpo del senador Cohen yace a mis pies sobre una mancha de sangre que se hace cada vez más grande. Cuando lo observo con cierto detenimiento, además de sus ojos inertes, advierto una bola de carne que ha surgido en la parte de atrás de su cabeza, e inmediatamente me obligo a apartar la vista.

No puedo parar de temblar.

—¿Qué ha hecho?!

La doctora Katz parece haber entrado en un trance en el cual sus propios pensamientos se han apoderado de ella por completo. Le repito la misma pregunta dos veces y no obtengo respuesta.

—Vámonos de aquí —ordena—. En cuanto descubran al senador van a pensar que tú eres la culpable.

La frase me deja en shock. Entiendo la lógica de lo que la doctora acaba de decirme, pero al mismo tiempo me suena a amenaza velada.

Su expresión se suaviza un poco.

—Anna, necesitamos salir de aquí enseguida.

Doy un paso y siento fuego en mi pierna. Arrugo el rostro del dolor y me aferro a un archivador para no perder el equilibrio.

—No puedo.

La doctora Katz se acerca, se agacha un poco y pasa uno de mis brazos alrededor de su cuello. Me agarra fuerte de la cintura y me insta a caminar.

Me dejo caer en la silla de ruedas con un suspiro de alivio.

Salimos del despacho a toda velocidad en la dirección opuesta a la que vinimos. Al final del pasillo hay un vestíbulo donde confluyen varios corredores y una puerta de salida hacia la parte de atrás del edificio. La doctora abre la puerta con su tarjeta.

Estamos ahora en el inmenso patio del hospital, que en ese momento está vacío salvo por dos empleados con monos azules que fuman muy cerca de nosotras.

—¿Eso ha sido un disparo? —pregunta uno de ellos.

—No lo sé —dice la doctora Katz—. No vamos a quedarnos para averiguarlo.

Antes de que alguno de ellos pueda decir algo más, la doctora Katz empuja la silla y nos alejamos apretando el paso. Cuando levanto la vista y veo el cielo celeste prácticamente sin nubes consigo relajarme un poco; siento que necesito poner las cosas en perspectiva y el ritmo de los acontecimientos no me lo permite. ¿La doctora Katz acaba de asesinar a un hombre para que yo pueda escapar? Si al menos el dolor disminuyera un poco y me dejara pensar con claridad...

En el otro extremo del patio hay una puerta de metal, sin llave. Cuando la cruzamos veo un jardín inmenso y algo descuidado. Durante un brevísimo instante pienso que ya estamos fuera del hospital, y que todo ha sido tan sencillo como en esos sueños donde mágicamente abres una puerta y estás donde necesitas.

Por supuesto, no es así. Los muros están cubiertos de enredaderas, pero son tan altos y robustos como los del patio principal.

Entre medio de la vegetación hay unos senderos de piedra sumamente irregulares. Avanzar con la silla es un suplicio.

—Chloe, ¿dónde te has metido? —dice la doctora Katz en un tono apenas audible.

Me dispongo a preguntar quién es la tal Chloe, cuando una muchacha aparece de detrás de unos matorrales. Es joven y de aspecto frágil y trae consigo un carrito con un bebé dormido.

—¡Gracias a Dios que estás aquí! —dice la doctora Katz.

—He visto a un hombre entrar en su despacho, por eso he venido aquí.

—Has hecho muy bien.

La doctora Katz se acerca al carrito.

—Aaron se ha dormido hace un rato —dice Chloe.

—Genial.

Cuando finalmente se fija en mí, la felicidad de Chloe se vuelve evidente. Me resulta difícil establecer su edad; puede tener veinte años, o quizás treinta. Lleva el cabello muy corto en la parte de atrás y más largo en el frente.

—¡Hola, Anna!

—Chloe..., por favor —dice la doctora Katz.

La muchacha la ignora. No me quita los ojos de encima.

—Hola —respondo.

Chloe se limita a mirarme como si tuviera delante a una estrella de rock. No sé qué hacer. Lo primero que pienso es que esta es la prueba definitiva de que yo también he estado internada antes en el hospital. ¿De qué otro modo me conocería una interna?

—¡Mira! —dice Chloe.

La muchacha se estira el cuello de la camiseta hasta dejar al descubierto un tatuaje idéntico al mío. Leo la palabra *Lover* en letra cursiva. La tinta parece reciente.

—Es muy bonito.

Chloe parece desconcertada con mi comentario.

—Ya no me recuerdas, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

Chloe se lleva la mano al bolsillo del pantalón y saca algo a toda velocidad. Al principio me alarmo,

hasta que advierto que se trata de una fotografía. La doctora Katz intenta cogerla antes que yo, pero falla. En la fotografía estoy sentada junto a Chloe en la rama de un árbol, del que además cuelga un neumático hamaca. A un lado se ve la parte trasera de una camioneta roja.

Me da la sensación de que el fotógrafo captó el momento exacto en que estamos a punto de estallar en un ataque de risa: yo con los ojos apenas cerrados y una sonrisa amplia, Chloe con las palmas en alto y sorbiendo una bocanada de aire.

La fotografía desaparece de mis manos.

—Suficiente —dice la doctora Katz guardándose la fotografía en el bolsillo de la bata—. Chloe, necesito que me digas si sigue aquí.

Al principio la muchacha parece no entender a qué se refiere la doctora Katz. Lo piensa un momento y finalmente responde:

—Sí, creo que sigue aquí.

—Genial. Gracias por todo, Chloe.

Ella asiente y me da un abrazo tan fuerte como inesperado. Se lo devuelvo sin saber bien qué hacer o decir.

—Espero verte pronto —dice antes de dar media vuelta y marcharse.

Cuando la puerta se cierra, la doctora vuelve a centrar su atención en mí.

—¿Crees que puedes seguir a pie, Anna?

—No.

—Vamos a intentarlo.

Me coge de las axilas y me ayuda a ponerme de pie.

Hay dolor, pero ahora es más tolerable que hace un rato.

—Por el momento creo que puedo.

La doctora Katz empuja el carrito del niño con una mano y con la otra me permite aferrarme a ella para tener un punto de apoyo.

—¿Qué vamos a hacer con el hijo de Chloe? —pregunto.

La doctora Katz se detiene un instante para mirarme.

—Se llama Aaron, y no es el hijo de Chloe. Es mío.

Si algo le falta a esta huida descabellada, además de la paciente coja, es un bebé de menos de un año.

—¿A dónde vamos?

—¿Ves ese portón de allí? Es el que utilizan los jardineros para entrar y salir con el equipamiento; es la manera más fácil de escapar. Pero antes tenemos que buscar algo en el invernadero.

A nuestra izquierda, efectivamente, hay un inmenso invernadero de cristal. En el interior hay un sinfín de mesas con plantas de todo tipo. Alrededor de esas mesas hay banquetas de madera que me sirven de puntos de apoyo a medida que avanzamos.

La doctora Katz va delante con el carrito, recorriendo aquel laberinto de una forma que me resulta azarosa. En más de una oportunidad la veo consultar su reloj.

—No puedo más —digo aferrándome a una de las mesas—. El dolor es demasiado intenso.

—Déjame ayudarte.

Otra vez, la doctora Katz me agarra por la cintura y camina a mi lado. Mi aportación se ha reducido al mínimo, es ella la que debe hacer casi todo el trabajo. En unos metros me convierto en un peso muerto y me desplomo.

No pierdo el conocimiento, o eso creo. Me siento contra la pata de una de las mesas.

—Por favor —digo con pesadez.

La doctora Katz se arrodilla a mi lado y del bolsillo de su bata saca una fina caja de metal. Cuando la abre, veo en el interior tres jeringas alineadas y dos frascos pequeños con un líquido transparente. Me pincha en el brazo derecho.

Nada sucede inmediatamente. Mientras espero el alivio que parece no llegar nunca, la doctora Katz introduce la jeringa en el segundo frasco y me pincha nuevamente.

Abro los ojos. ¿Cuándo los he cerrado? El llanto de Aaron me devuelve a la realidad. La doctora Katz sigue a mi lado, pero ahora está inclinada sobre el carrito, de espaldas a mí. Susurra una melodía que parece surtir efecto, porque el llanto es cada vez menos intenso. Lo mismo sucede con el dolor de mi pierna. Empiezo a ponerme de pie, ahora por mis propios medios.

La doctora Katz se vuelve con Aaron en brazos. El bebé emite apenas unos sollozos cortos de vez en cuando.

—Nos vamos de aquí —dice la doctora Katz.

Me extiende una mano y la aferro, como si necesitara que me guíe.

El velo del dolor se ha disipado y empiezo a pensar con algo más de claridad.

—Usted ha dicho que de no haber sido por esos jóvenes que me encontraron a orillas del lago... estaría muerta.

La doctora se limita a mirarme, sin comprender qué implica lo que acabo de decir.

—El senador tenía razón —continúo—. La fecha que escribí hace dos años en esa libreta... debía ser el día de mi muerte.

Nos detenemos frente a una de las paredes del invernadero. Los cristales están sucios y me impiden ver el otro lado con nitidez. Entre unas plantas diviso lo que parece ser una locomotora pequeña, del tamaño de un coche. Pero en cuanto me desplazo ligeramente a un costado y encuentro un cristal que está más limpio que el resto, me doy cuenta de que la locomotora es en realidad un generador de energía. Es un modelo antiguo, o quizás lleva mucho tiempo en desuso. Por alguna estúpida razón me encuentro debatiendo esta cuestión cuando todo a mi alrededor gira vertiginosamente y yo estiro los brazos para agarrarme a algo, sin éxito.

Mi caída al suelo del invernadero se produce en cámara lenta.

Por primera vez desde que me he despertado en la cama del Lavender Memorial no experimento dolor. Mis ojos están a pocos centímetros de la pared de cristal, ahora a ras del suelo, y todavía puedo ver el generador al otro lado, aunque ahora desde un ángulo que lo hace parecer monstruoso. Mis párpados pesan cada vez más. Cuando estoy a punto de ceder y cerrar los ojos de una vez por todas, veo una silueta difusa, justo detrás del generador. Parece un gran animal que se balancea imperceptiblemente hacia adelante y hacia atrás. Al principio dudo si esa forma erguida no es en realidad un hombre fornido. Dudo incluso de que realmente esté allí, porque mi mente flota ahora en un mar de incertidumbre y somnolencia.

Mi único nexo con la realidad es la mano de la doctora Katz, que me aferra cada vez con más fuerza. Ella está sentada a mi lado, sosteniendo a Aaron con la otra mano. Creo que intenta decirme que todo va a salir bien.

Muevo ligeramente la cabeza y encuentro en el cristal un área limpia del tamaño de una moneda. Una mirilla, pienso.

Lo que veo es efectivamente un animal: un canguro.

Una parte de mí siente el deseo de reír a carcajadas, pero no tengo fuerzas para nada más y mis ojos se cierran.